Comentarios de la Lección

I Trimestre de 2011
Jesús lloró: La Biblia y las emociones humanas

Lección 5
29 de Enero de 2011

La culpa

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado"* (Salmo 130:3, 4).

Introducción

Sentimiento de culpa. ¿Qué es?

Los seres humanos tienen en su mente una guía para saber qué es lo correcto y que no lo es. Esa guía se llama conciencia. Es la capacidad de evaluar libremente todas las cosas e identificar lo que es bueno y constructivo y lo que es malo y destructivo.

La conciencia se forma a partir del carácter, que es la memoria especial de los principios de la vida. El principal principio de la vida es el amor, que al mismo tiempo es la Ley de Dios, el principio universal de la existencia eterna, armónica, de todas las cosas y de los seres vivos.

Entonces, dentro del carácter que vamos almacenando a lo largo del tiempo, los buenos principios de vida, tales como –por ejemplo– la honestidad, la fidelidad, la compasión, la puntualidad, hacer las cosas bien, la bondad, etc. Basados en esos principios, juagamos todo, y concluimos si es bueno o es malo. Esta capacidad de juzgar es libre, y se constituye en nuestra conciencia.

Pero el pecado perturbó este recurso. Todo pecador en su carácter también almacena astucia y malos principios (anti-principios) de vida, tales como el robar, figurar, chantajear, mentir, etc. En tal caso, la conciencia ya no acusa al pecador cuando comete errores; por el contrario, los aprueba, pues está de acuerdo con su carácter. Por eso decimos que tal persona es "de mal carácter", o que no tiene conciencia.

Una persona que tiene un carácter con principios buenos en su vida es gobernada por esos principios. El principal de ellos, como ya se ha dicho, es la Ley de Dios, los Diez Mandamientos. Así, forma a lo largo de su vida hábitos que la gobiernan. Somos gobernados por nuestros hábitos, o sea, nuestro modo de ser. Y los hábitos los vamos for-

mando a lo largo del tiempo. Los principales hábitos para la vida se forman hasta alrededor de los catorce años; así se defino cómo será esa persona. Para cambiar hacia lo mejor es bastante difícil, pero no imposible. Pero empeorar es muy fácil, debido a nuestra naturaleza. Los hábitos son para nosotros como los programas de la computadora: ellos nos llevan a actuar de determinadas maneras.

A su vez, la conciencia utiliza los mismos principios que han servido para formar los hábitos, pero en otro sentido: controlar si seguimos nuestros buenos hábitos o si los infringimos. Si hubo alguna conducta equivocada, nuestra conciencia nos acusa, y nos envía una alerta del tipo: “Tú no has sido fiel en este o aquél principio”. Entonces surge el sentimiento de culpa, y la persona necesita hacer algo para arreglar la situación. La culpa es un estado emocional que se genera en la mente cuando evaluamos negativamente lo que hemos hecho.

“El sentimiento de culpa está caracterizado por el estado de abatimiento generado por la conciencia de haber violado algún principio y faltado a alguna obligación, de haber hecho algo que se considera reprensible. O sea, “He hecho algo que sé que no debería haber hecho” (Inés Cavalieri).

“La culpa es el sentimiento de sentirse indigno, malo: conlleva remordimiento, censura, y da como resultado un enojo contra nosotros mismos. Este estado corroe nuestra alma y nos impide ser nosotros mismos, y tiene variables complejas que pueden ser originarias de factores reales o imaginarios” (Adriana Camargo).

La Biblia no define a la culpa como algo negativo; por el contrario, es un aviso de alerta de que hay algo que debe arreglarse, y que se debe recurrir a Dios, pedir ayuda. La culpa no viene para destruir al ser humano, sino para que sobreviva, pues a través de ella percibimos la necesidad de reparar nuestra conducta. La culpa es como un dolor en alguna parte de nuestro cuerpo, que nos avisa que hay algo que necesita arreglo. Por ejemplo, cuando nos duelen los dientes, es porque hay algo que anda mal, y hay que visitar al dentista. “Ahora, me alegro, no porque os entristecí, sino porque la tristeza os movió al arrepentimiento. Pero os entristecisteis según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte. Porque la tristeza piadosa, produce un arrepentimiento saludable, que no trae pesar. Pero la tristeza del mundo produce muerte” (2 Corintios 7:9, 10).

“Muestran la obra de la Ley escrita en su corazón. Su propia conciencia lo atestigua, y sus propios pensamientos los acusan o los defienden el día en que, conforme a mi evangelio, Dios juzgue por Jesucristo, los secretos de los hombres” (Romanos 2:15, 16).

“El Espíritu dice claramente que en el último tiempo algunos se apartarán del a fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios. Con hipocresía hablarán mentira, teniendo cauterizada la conciencia” (1 Timoteo 4:1, 2).

“Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día” (Salmo 32:3). “El que encubre sus pecados, no prosperará; pero el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia” (Proverbios 28:13). “Si confesamos nuestros pecados, Dios es fuel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de todo mal” (1 Juan 1:9).

Debemos confesar nuestro error a quien corresponda y pedir perdón. Si no lo hacemos, con el tiempo la conciencia se desregula y ya no funciona correctamente, dejando de

señalar en caso de que haya faltas. La conciencia puede también llevar a que una persona deje de aceptar los buenos principios de vida y los cambie por los anti-principios. En ese caso, pasa a aprobar lo que es malo, y desaprobar lo que es correcto. Ese es el germen del pecado contra el Espíritu Santo, cuando la persona ya no quiera ser más corregida.

Podemos sentir culpa por lo que hayamos hecho mal, por lo que dejamos de hacer bien, por la falta de ser perdonados, por falta del acto de perdonar, por las consecuencias de nuestros actos; muchos sienten culpa por no perdonarse ellas mismas siendo que Dios ya los perdonó; otras siente culpa hasta por algo imaginario. Y hay quienes no sienten culpa alguna, pues su carácter ya tiene como orientador a la maldad, y la conciencia aprueba el mal, por lo que las personas no tienen felicidad en su fuero íntimo. Dependen de los placeres artificiales, tales como los deportes extremos, violentos y competitivos, drogas, películas violentas o de acción, o que tratan acerca de la maldad, diversiones y pasatiempos de mal gusto, etc. Viven un vacío que llenan artificialmente, por falta de paz con sus semejantes y con Dios. Su vida es así, por la falta de buenos principios originados en Dios que llevan a la vida eterna y a la verdadera felicidad. Viven los placeres transitorios, y muchas veces para ellos la muerte es la mejor solución que encuentran.

Cuán importante es entonces el testimonio de los verdaderos cristianos, para atraer a millones de personas que están vacías por dentro, y que no conocen el fácil camino de vida eterna con felicidad.

Vergüenza

¿Qué pasó con Adán y Eva? No debían comer del fruto que Dios había prohibido. Pero comieron. Entonces sintieron algo extraño, algo típico de la desobediencia, cuando la conciencia pasa a acusar un desvío de la conducta. Y se sintieron culpables. La culpa genera un dolor intenso, una sensación de inseguridad y miedo. Ante la inminencia de la llegada de Dios, también sintieron vergüenza, pues se dieron cuenta que estaban desnudos.

¿Qué es la vergüenza? Es producida por la interpretación que la persona hace de sí misma respecto de alguna situación en que ella se involucró o generó. La persona, utilizando las reglas de su conciencia, hace una comparación con lo que hizo, y percibe que su acto es contrario a alguna clase de referencia, tanto de ella mismo, de alguien más, o de la sociedad. Y a causa de esa sensación de desaprobación (culpa) siente vergüenza ante lo que otros piensan. Y su reputación se ve manchada.

La vergüenza es una condición psicológica de respuesta a situaciones moralmente equivocadas. La vergüenza nos hace entender que fallamos, y que necesitamos constantemente de ayuda. Es de una clase bien distinta a la acusación de la conciencia. La vergüenza es importante para establecer límites, especialmente en la infancia. En los adultos, el sentimiento de culpa hace el rol de límite, y el de la desobediencia, con mayor eficacia que la vergüenza. Las personas se cuidan de no equivocarse, para no pasar vergüenza, o para no sentirse culpables.

El efecto de la culpa es el temor, el dolor, la inseguridad, la falta de certezas y otras sensaciones malas. El efecto de la vergüenza es el rubor, las mejillas encendidas. Se puede sentir vergüenza sin sentirse culpable, y sin haber hecho algo malo. Por ejemplo, una

persona puede sentirse avergonzada por el error de alguien más, o incluso por estar siendo observada por alguien importante, por tropezar o caerse, por ser pobre, por ser fea, etc.

Adán y Eva sintieron vergüenza porque habían desobedecido a causa de los efectos de la desobediencia. Y quedaron avergonzados de encontrarse con Dios. ¿Cómo explicarían su desobediencia a Dios? Es decir, ¿cómo presentarse ante un Ser perfecto, puro amor, que sólo desea el bien? Cuando cometen pecado, muchos dejan de orar, porque sienten vergüenza de presentarse ante Dios. ¿Cómo presentarse ante una Divinidad perfecta?

Pero Dios es quien va detrás del pecador, no para castigarlo, sino –por el contrario– para restablecerlo y liberarlo del castigo de la muerte eterna. Pero si la persona no desea ser transformada, ¿qué pasará? Tendrá que morir para siempre.

La angustia de los hermanos de José

Los hermanos de José estaban angustiados en la presencia del propio José sin saber quién era. Habían sucedido cosas extrañas (dinero que aparecía de repente en los sacos de grano, etc.) y ellos conectaban esos raros sucesos como motivados por el mal que le habían hecho al hermano. Es como dice el dicho: “El ladrón ve en cada sombra a un policía”. La conciencia acusa, a punto tal de llegar a atormentar. Con el paso del tiempo, a veces la angustia sólo logra aumentar, pudiendo generar enfermedades. Toda angustia genera en sí misma una ansiedad, pero ésta puede aparecer sin que haya angustia.

La angustia es una sensación psicológica que se manifiesta a través del abatimiento, la inseguridad, la falta de humor, el resentimiento, el dolor. Puede preceder algo que es inminente, Pero también puede surgir de algo que ya haya sucedido. Y también puede aparecer por algo que sucedió, pero que todavía no se completó con nuevos hechos, y este fue el caso de los hermanos de José. Ellos estaban a la expectativa: “¿Qué va a pasar con nosotros por lo que le hicimos a nuestro hermano?” A ellos les pareció que había llegado el día del ajuste de cuentas. Esta sensación de angustia estaba agravada por el continuo sufrimiento de su padre, otra consecuencia de sus malos actos.

La angustia puede derivar en paranoia, cuando la persona imagina, sospecha o desconfía de que las cosas estén en su contra, pero que son grandemente exageradas o injustificadas. Por la angustia, la persona siente la necesidad de ser ayudada de peligros reales o imaginarios, y sus temidas consecuencias. Jesús sufrió angustia extrema en el Getsemaní, a punto tal de pedirle ayuda a su Padre para que, si fuera posible, el sacrificio fuera evitado. No era posible, y El enfrentó los acontecimientos. Su angustia fue tan fuerte que llegó a verter sangre, tamaña era la tención nerviosa en aquellos momentos de decisión.

Hay diferencia entre la ansiedad y la angustia. Podemos sentirnos ansiosos sin sentir angustia, pero nadie se siente angustiado sin ansiedad. La ansiedad es la consecuencia de varias causas, y una de ellas es la angustia. Las sensaciones físicas de la angustia se localizan generalmente entre el pecho y la garganta; la ansiedad es más generalizada, se manifiesta en forma de respiración más difícil, pudiendo existir taquicardia (pulsación acelerada). Del Diccionario obtenemos estas definiciones:

- **Ansiedad** (del latín *anxietate*): Dificultad para respirar, opresión, angustia, inquietud de espíritu, deseo vehemente, impaciencia.

- **Angustia** (del latín *angustia*): estrechez, apretura, limitación de espacio, opresión, aflicción, disgusto, tribulación, agonía.

La angustia puede ser tratada con medicamentos y drogas, que son bastante fuertes. Pero, además de sus efectos colaterales dañinos, no solucionan la raíz del problema. En la Biblia está la solución, a la que debe recurrirse cuanto antes para evitar que cause más daños a la salud. La solución está en Santiago 5:16 y 1 Juan 1:9, y que consiste en confesar los pecados, como ya hemos estudiado en esta semana, y recibir el perdón de Dios y de nuestros semejantes siempre que fuera necesario. Esto no cambia el pasado, pero genera confianza para el futuro. Tendremos la certeza de que el futuro será diferente, puesto que ya no tenemos culpa delante de Dios y delante de los hombres y ante la perspectiva de que muy pronto seremos totalmente transformados de la naturaleza de pecado a la perfección. El hecho de tener esta certeza cambia la manera en cómo pensamos, cómo nos aceptamos y cómo nos sentimos.

Una palabra acerca de lo que hicieron los hermanos de José, vendiéndolo, por lo que fue a parar a Egipto, convirtiéndose con el tiempo en el primer ministro de la nación. José dijo que eso había sido voluntad de Dios, que su plan había sido que él se convirtiera en el ministro de agricultura para salvar del hambre a su familia. Ciertamente Dios quería que eso pasara, pero Él jamás aprobó el modo en que esto sucedió, de ser tomado brutalmente por la fuerza, vendido para ser esclavo. Dios corrigió este acto motivado por el odio de los hermanos de José, quien habló estas palabras para suavizar el sufrimiento de ellos, no enfocándose en lo malo que había pasado, sino en lo bueno. Esta es una de las maneras de resolver el mal. Es, como reza el dicho, “No hay mal que por bien no venga”, o sea, Dios puede transformar lo malo en algo bueno. Otro punto es que Satanás siempre es el perdedor si se involucra con una persona fiel a Dios. Dios es demasiado inteligente y poderoso en relación con los malos actos que Satanás lleva a las personas a cometer. El los transforma según su voluntad para bien. Y esto es simplemente increíble, pero no significa que nosotros debamos proceder a través del mal. En síntesis, los ataques de Satanás contra personas obedientes a Dios, el Señor los transforma en algo favorable. En estos días finales es muy bueno e importante saberlo.

Fuerza debilitada

El Salmo 32 es una reflexión sobre el encubrimiento de los pecados. Esto es un problema para casi todas las personas; si hacen algo malo, y nadie los ve o pocos se enteran, lo intentan encubrir, como si nada hubiese pasado.

David actuó de ese modo. En este salmo él destaca cuán ruinoso es tener la conciencia perturbada. En verdad, a través de la conciencia, mediante los principios de vida venidos de Dios, el Espíritu Santo habla, y llama a las personas al arrepentimiento. No es el Espíritu Santo quien tortura a la persona, sino su conciencia que todo el tiempo mortifica sobre algo que debe ser arreglado. O sea, hay que confesar y pedir perdón.

Mientras eso no se haga, arreglar la situación, la persona sufrirá psicológicamente. El no confesar es hacer callar al pecado, tal como dice el salmo, y esto hace secar los huesos;

en otras palabras, la persona se debilita y con el tiempo puede tener problemas psicológicos y hasta enfermar. En su fuero íntimo no tiene paz, hay un conflicto continuo entre lo que ella cree y lo que ella hizo, en desacuerdo con lo que ella cree. Y eso debilita sus fuerzas vitales.

En la actualidad, y más que en cualquier otro tiempo en el pasado, Satanás está preparando el mundo contra el Fuerte Pregón, que es la última advertencia del pueblo de Dios al mundo. Esta preparación proviene de los medios de comunicación en general, llevando a las personas a cauterizar la conciencia. En otras palabras, aún cuando tengan cierta conciencia, Satanás está teniendo éxito, pues eso está funcionando en gran parte de los seres humanos. Las personas hacen lo malo y no se sienten culpables de ello. Basta apenas con observar por un momento algún noticiero, y veremos cómo esto es totalmente cierto. Por ejemplo, la evasión impositiva es considerada algo normal. Es increíble cómo eso sucede incluso entre los siervos de Dios: hay personas que no ven nada malo en evadir los impuestos. Durante la semana se hacen negocios fraudulentos, y en el sábado desempeñan sus cargos en la iglesia normalmente, como si nada pasara, y no se sienten incómodas con su proceder. No se percibe eso como robo, ni como algo que puede quitarles la vida eterna.

En el mundo todavía es peor. La violencia ha llegado para volverse algo común. Un traficante le arrebata la salud y la vida a los adolescentes, y ni siquiera se incomoda con ello, y encima se enoja cuando es delatado. Puede vengarse de quien lo ha entregado a las autoridades. Todo esto conforma una poderosa campaña de Satanás para que las conciencias queden inoperantes. Y estos dos casos de conciencia cauterizada no son los únicos, apenas son dos ejemplos de millones. La persona hasta puede leer la Biblia, dar estudios bíblicos, pero ella misma está imposibilitada de reconocer sus errores, y jamás podrá cambiar de vida y se perderá para siempre. Pasa a vivir una vida liberal, sin incomodarse con lo que es y no es la voluntad divina. Y reitero. Esa persona, si ha cometido algún pecado, no sufre más a causa de su conciencia cauterizada. Al contrario, racionaliza, aprueba el error, y muchas veces llega a condenar a quien no lo comete. Esta es una de las puertas de entrada para el pecado contra el Espíritu Santo, es un atajo a la perdición. Es un proyecto de Satanás para cauterizar la conciencia de las personas contra el mensaje final a ser dado al mundo. Es lo que se denomina “inversión de valores”.

Pero no todos han sido contaminados por este proyecto de Satanás. Muchos escapan, y podrán entender el mensaje, y serán salvos si creen en él. En cuanto a nosotros, mis queridos lectores, vamos a aferrarnos a Jesús, siendo humildes y sencillos para que, si pecamos, seamos avisados por nuestra conciencia hasta que confesemos a nuestro Dios el pecado para así recibir el perdón.

Llanto amargo

Pedro era un hombre, determinado, decidido, firme en sus propósitos, rápido para reaccionar, siempre listo para seguir y servir al Maestro. Pero todavía no estaba convertido. Todo eso lo era en intenciones, aún en la vida práctica, pero en situaciones normales. Pero ¿cómo era Pedro en circunstancias de severa crisis? Ahora, esta pregunta ya no es válida, puesto que Pedro cambió la historia, ya hizo lo que tenía que hacer, y eso está en el pasado. La pregunta correcta es; ¿Qué haría yo si me pasara lo mismo que le pasó

a Pedro? O, ¿qué haré cuando llegue la hora de la prueba? O, mejor aún, ¿qué estoy haciendo hoy mismo ante las circunstancias de todos los días?

Pedro había declarado con firmeza que no traicionaría al Maestro. Tendrían que pasar sobre su cadáver para hacerle algo malo a Jesús. Y esa declaración era sincera. Pedro estaba convencido de que podría cumplir con su palabra. A tal punto estaba convencido que hasta llegó a decir que, aunque todos los demás discípulos negaran al Maestro, el no lo haría jamás.

¿Cuál fue la verdadera historia? Las expectativas de Pedro quedaron frustradas. Así como las de Judas, y las de los de todos los discípulos. Aún cuando el Maestro les avisara que moriría, y que resucitaría al tercer día, no habían creído. A tal punto no aceptaron estas palabras que, cuando los hechos se fueron sucediendo, no lograron recordar siquiera, ni hacer ninguna conexión con lo que Jesús había dicho sobre su muerte, y se escandalizaron, esto es, se enojaron con Jesús, porque no había hecho nada para librarse. En varias oportunidades anteriores, Él había escapado de algún modo, pero en esta oportunidad, simplemente se quedó allí, inmóvil, mudo, permitiendo que sus enemigos hicieran lo que se les antojara. En esta ocasión, Jesús no había movido un dedo siquiera en su favor. Ellos esperaron que una vez más utilizara su poder y su inteligencia para escapar de sus enemigos. Los dos discípulos que tenían mayores expectativas respecto de esto eran Judas y Pedro. Fueron también los que más sufrieron. Judas se ahorcó, y Pedro se irritó tanto a punto tal de decir que desconocía a su mejor Amigo.

Entonces llega el momento más sublime. En la tercera negación, cuando el gallo cantó por segunda vez, Pedro recordó las palabras de Jesús, quien le había anticipado lo que ocurriría. Entonces Pedro se estremeció por dentro. Acababa de caer vergonzosamente, y –para empeorar las cosas más aún– eso se le había avisado con anticipación. Podría haberse preparado, pero no, había fracasado contra la información preventiva de Jesús, y contra su propio juramento. Y fracasó no ante las altas autoridades, sino ante personas comunes, que en verdad nada de malo podían hacerle, no significaban amenaza alguna. Pedro estaba frustrado con Jesús. No veía en Él a un Salvador, y se habían decepcionado con el héroe nacional que se figuraban que sería, todo había resultado en un completo fiasco. Las falsas expectativas habían cambiado de tal modo la manera de Pedro de verlos actos, que interpretó todo mal.

¿Por qué, al final, Pedro fracasó? Estaba determinado a defender a un rey que pronto instalaría su reino aquí en la tierra. Alimentó la esperanza de que Jesús derrotara a los romanos y liberaría al pueblo de Dios de ese yugo. Y estaba seguro de que la hora había llegado. Judas tenía igual certeza, junto al resto de los apóstoles y discípulos. Es muy fácil determinarse propósitos de fidelidad a quien es tremendamente poderoso, tal como Jesús demostraba ser, y contra quien nadie había podido hacer algo malo. Pero cuando todo se desmoronó, cuando las expectativas cayeron como un castillo de naipes, la mente queda sin rumbo, en el vacío, sin saber qué pensar, decepcionándose con todo. Así se sintió Pedro. Y cuando nosotros nos decepcionamos con algo, cualquier cosa o persona, como lo fue el caso de una mujer común del pueblo alrededor del fuego, puede derribarnos. Pedro cayó vergonzosamente por casi nada. SI él tan sólo hubiera entendido las palabras de Jesús que moriría el viernes y que resucitaría el domingo por la mañana, y que eso era imprescindible para la salvación de la humanidad… Pedro perdió la fe, y el poder, y quedó sin auxilio divino, y desde ese momento en adelante, todas las cosas le salieron mal.

Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo con el canto de un simple gallo. Era sólo un gallo, algo menos que un ser humano, pero Pedro entendió, digamos, el sermón del gallo.

La vergüenza tomó el control. La culpa se instaló inmediatamente, y su conciencia lo abrumó. Y Pedro miró a su Maestro, quien a su vez lo estaba mirando. Los ojos se encontraron, y Pedro vio en el Maestro el perdón ofrecido. Allí estaba el Maestro preparado para perdonarlo. Pedro, de vergüenza, desvió la mirada, pero pronto la volvió a enfocar en Jesús. El Maestro todavía lo alcanzaba con su perdón. Ese intercambio de miradas que pudo haber durado un segundo; en el siguiente, un soldado le da una fuerte bofetada a Jesús. Y Pedro vio todo eso. La bofetada del soldado fue un acto de Satanás quien, atento, estaba viendo la transferencia de Perdón de parte de Jesús al derrotado y avergonzado seguidor. Pedro había pecado contra su Maestro, y estaba condenado; pero al segundo siguiente estaba perdonado, y salvo otra vez.

Abatido por la culpa y la vergüenza, aunque perdonado, sintiendo los efectos de su caída, salió corriendo, no sabe hacia dónde. Corrió bastante, lejos de su vergüenza, y cae de rodillas entregándole su corazón a Jesús. Descubre que en el lugar hay gotas de sangre, o sea, el lugar donde pocas horas antes Jesús había orado, en el Jardín del Getsemaní, el lugar donde él debió haber orado en vez de dormir. Si hubiera orado, no habría caído tan feo…

Del Getsemaní sale un Pedro diferente, un hombre sencillo y humilde, desconfiado de sus capacidades, no enfocándose más en sí sino en Jesús, totalmente dependiente del Maestro. Ahora el “yo” no tenía más valor para él, lo que valía era seguir a Jesús, esto es, obedecerle.

¿Cuántas veces tendremos nosotros que ver quebrado nuestro orgullo y nuestro yo para volvernos obedientes?

Perdón completo

En esta vida será imposible entender y describir totalmente el perdón divino. Hay algunas alegorías, tales como, cuando somos perdonados, Dios tira esos pecados en lo más profundo del mar; o que nos hace tan blancos como la nieve o limpia lana; o que los lleva tan lejos como el Oriente queda del Occidente. Esas son maneras por las que Dios nos enseña lo que hace con nuestros pecados perdonados.

En nuestros días estos ejemplos quizá hubieran sido escritos de manera diferente. Tal vez los pecados serían quemados en un horno siderúrgico, donde también eliminan las drogas incautadas, para su extinción total. O tal vez fueran llevados al espacio sideral a fin de ser fragmentados convirtiéndose en apenas energía. O puede ser que Dios comparara el acto de borrar nuestros pecados con la presión de la tecla <Borrar> (o <Delete>) de nuestro ordenador. Pero una comparación sigue siendo actual: la de la blancura de la nieve. Aquello que era sucio, feo, y detestable, se convierte en algo tan puro, claro y blanco como la nieve, que refleja la luz solar y enceguece los ojos. Sí, Dios convierte nuestras vergonzosas inmundicias en algo totalmente opuesto. Nos transforma por completo.

Cuando perdona, Dios increíblemente olvida. Por cierto, podemos creer que Él lo hace literalmente, o sea, que borra eso de su mente, pero igualmente cierto es que Él ya no tiene en cuenta aquellos pecados perdonados. Han quedado atrás y jamás serán utilizados para acusarnos y condenarnos. Podremos perdernos por otros pecados, si no nos arrepentimos de ellos. Ojalá que eso no acontezca…

¿Qué hay más alentador que tener la seguridad de que, ante el Creador, y del Salvador, estamos limpios como la nieve?

"A medida que vuestra conciencia ha sido vivificada por el Espíritu Santo habéis visto algo de la perversidad del pecado, de su poder, su culpa, su miseria; y lo miráis con aborrecimiento. Veis que el pecado os ha separado de Dios y que estáis bajo la servidumbre del poder del mal. Cuanto más lucháis por escaparos, tanto más comprendéis vuestra impotencia. Vuestros motivos son impuros, vuestro corazón está corrompido. Veis que vuestra vida ha estado colmada de egoísmo y pecado. Ansiáis ser perdonados, limpiados y libertados. ¿Qué podéis hacer para obtener la armonía con Dios y la semejanza a él?"

"Lo que necesitáis es paz: el perdón, la paz y el amor del cielo en el alma. No se los puede comprar con dinero, la inteligencia no los puede obtener, la sabiduría no los puede alcanzar; nunca podéis esperar conseguirlos por vuestro propio esfuerzo. Mas Dios os lo ofrece como un don, 'sin dinero y sin precio' (Isaías 55: 1). Son vuestros, con tal que extendáis la mano para tomarlos. El Señor dice: '¡Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fuesen rojos como el carmesí, como lana quedarán!' (Isaías 1:18). 'También os daré un nuevo corazón, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros' (Ezequiel 36:26)".

"Habéis confesado vuestros pecados y los habéis quitado de vuestro corazón. Habéis resuelto entregaros a Dios. Id pues a él y pedidle que os limpie de vuestros pecados y os dé un corazón nuevo. Creed que lo hará porque lo ha prometido. Esta es la lección que Jesús enseñó durante el tiempo que estuvo en la tierra: que debemos creer que recibimos el don que Dios nos promete y que es nuestro. Jesús sanaba a los enfermos cuando tenían fe en su poder; les ayudaba con las cosas que podían ver, inspirándoles así confianza en él tocante a las cosas que no podían ver, induciéndolos a creer en su poder de perdonar pecados. Establece esto claramente en el caso del paralítico: 'Mas para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados (dijo entonces al paralítico): ¡Levántate, toma tu cama y vete a tu casa!' (Mateo 9:6). Así también Juan el evangelista, al hablar de los milagros de Cristo, dice: 'Estas empero han sido escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre' (Juan 20:31)" [Elena G. de White, *El camino a Cristo*, pp. 49, 50].

Aplicación del estudio

Vamos a dar un testimonio de lo que ocurrió en nuestra familia, a propósito de nuestro estudio. Nuestra relación mejoró de manera impresionante cuando creamos el culto del perdón. Fue algo muy sencillo, pero eficaz. Y puede ayudar a otras familias. El costo es cero. Y lleva muy poco tiempo. Está basado en la Biblia, en eso de que el sol no debe ponerse sobre nuestro enojo. Por motivos de trabajo, adoptamos que el límite fuera antes de dormir. Nos reunimos antes de acostarnos para el culto del perdón. No demoraba

mucho, sólo unos minutos, a veces un poco más. Reunidos confesábamos nuestras ofensas unos a otros, comenzando conmigo mismo, puesto que soy el padre. Cada uno debía mencionar en qué había ofendido a algún otro integrante de la familia, la cual está conformada por tres personas. Estaba prohibido discutir sobre quién era el culpable, o los motivos, etc. Entonces todos nos perdonábamos, hacíamos una corta oración, y el culto finalizaba.

Eso funcionó durante un tiempo. Luego cayó en desuso. Pero para bien. ¿Por qué? Porque ya no había más nada que confesar. Las ofensas se habían terminado. Entonces el culto dejó de tener una motivación. Nuestra familia nunca más fue la misma, sus relaciones se fueron enalteciendo. El perdón es una ciencia, la verdad de la ciudadanía del reino de Dios. Experiméntenlo, no se arrepentirán jamás.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática